

Considerar las realidades últimas lleva también a apreciar más el valor de la actividad humana sobre la tierra

Collationes.org

La esperanza en la resurrección de la carne, aspecto esencial de nuestra fe, nos habla de la unidad del hombre y subraya la dignidad del cuerpo humano. Comprender la dignidad del cuerpo lleva al cristiano a purificar su corazón y a poner lo que está de su mano para purificar el clima social, esforzándose por vivir las virtudes del pudor y la modestia. Considerar las realidades últimas lleva también a apreciar más el valor de la actividad humana sobre la tierra. El Último Día, el mismo cosmos será restaurado. Ningún esfuerzo por construir un mundo a la medida del corazón de Cristo es superfluo: los nuevos cielos y la nueva tierra arrancan de algún modo en la historia.

«Así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su propio orden: como primer fruto, Cristo; luego, con su venida, los que son de Cristo (...). Y cuando le hayan sido sometidas todas las cosas, entonces también el mismo Hijo se someterá a quien a él sometió todo, para que Dios sea todo en todas las cosas»^[1]. San Pablo resume de este modo un aspecto esencial de la fe y la esperanza cristianas: Dios llegará a ser, finalmente, todo en todas las cosas; culminará su amorosa aproximación a las criaturas con un encuentro pleno y transformador, obrándose la resurrección de la carne y la renovación del cosmos.

En el Antiguo Testamento, la revelación de Dios —su poder ilimitado; su amor indefectible; su justicia cabal; su ser fuente de vida— afianza progresivamente la esperanza en la resurrección futura. El pueblo de Israel va comprendiendo cómo la fidelidad y la omnipotencia divinas obtendrán el triunfo definitivo sobre la muerte con la resurrección. Según el libro de Daniel, cuando llegue el Día del Señor, «muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán: unos para vida eterna, otros para vergüenza, para ignominia eterna»^[2]; uno de los judíos martirizados por Antíoco Epifanes afirma que «es preferible morir a manos de los hombres con la esperanza que Dios da de ser resucitados de nuevo por Él»^[3].

En tiempos de Jesús, la fe en la resurrección está ya bastante generalizada; pero es el mismo Señor quien la manifiesta y realiza en su propia persona, garantizando no sólo la verdad de la resurrección de los muertos, sino todo el mensaje evangélico. San Pablo es muy claro al hablar de la centralidad de este hecho en la vida cristiana: «si Cristo no ha resucitado, inútil es nuestra predicación, inútil es también vuestra fe»^[4]. Los apóstoles son fundamentalmente testigos del Resucitado, y exclaman «¡es el Señor!»^[5] al oír su voz, al comprobar su indefectible cariño, al ver y tocar las señales de la Pasión. Cristo ha resucitado como primer fruto de los que mueren, dándonos la certeza de que seremos vivificados en Él al final de los tiempos^[6].

Resurrección y vida cristiana

La creencia cristiana en la resurrección de los muertos encontró desde el principio la incomprensión y la oposición por parte de los paganos^[7]. Se trata de una noción extraña para quienes no creen en un Dios omnipotente, o miran despectivamente la materia. Frente a los primeros, Padres y apologistas afirmaron que la obra de reconstituir el cuerpo deshecho por la muerte es más fácil que crear el mundo de la nada^[8]. Frente a los segundos, que sobrevaloraban el alma a costa del cuerpo, los cristianos defendieron la profunda unidad del hombre y subrayaron que la Trinidad ha destinado a la persona entera a participar en su vida íntima: «¡Qué indigno sería de Dios llevar medio hombre a la salvación!»^[9].

La doctrina de la resurrección da una dignidad al cuerpo humano que tiene importantes implicaciones para el bautizado: cuando el cristiano percibe la forma definitiva a la que está llamada su existencia, puede descubrir nuevos aspectos del carácter totalizador que posee su vocación, y comprender más a fondo que todo lo que entraña la corporalidad también está incluido en la llamada a la comunión con Dios. Como señala San Josemaría, «hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios»^[10].

En la actualidad, se encuentran ideas acerca del cuerpo que recuerdan los errores afrontados por los primeros cristianos. Así, no es raro que la corporalidad se considere casi como un accidente que acaece al hombre, que no le configura como ser personal y libre, de modo que es fácil que acabe siendo reducido a mera fuente de placer. El cuerpo humano aparece como un elemento secundario a la persona, olvidándose que Dios ha amado y llamado a participar en la vida divina a unas hombres y mujeres determinados, con su alma y su cuerpo, y no a otros; y es a ellos a quienes busca, en sus condiciones y circunstancias concretas.

Frente a estas opiniones, el misterio de la resurrección esclarece la profunda unidad de la persona y se recupera el verdadero del cuerpo, capaz de manifestar a la persona e implicado, como señala San Pablo, en la lucha por la santidad: «glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo»^[11]. La fe en la vida del mundo futuro redescubre el nervio de la corporalidad, que ha de fructificar según el designio divino para alcanzar la bienaventuranza.

Morir con Cristo, para resucitar con Él

El don de la resurrección dota de sentido a la muerte, al sufrimiento, al dolor; para quienes mueren en la gracia de Dios, el fin de la vida de algún modo consume y perfecciona la incorporación a Él^[12], y llegará el momento en que el Señor le devuelva su mismo cuerpo, sin defecto. La fe nos indica también que no todos moriremos, aunque sí todos seremos transfigurados. Aquellos que sean sorprendidos por el fin del mundo, pasarán directamente al estado definitivo y glorioso de su corporalidad, sin conocer la muerte física.

Por tanto, la muerte física no es necesaria para la resurrección gloriosa. Lo principal es que, mientras está en la tierra, el hombre muera sacramentalmente en Cristo para resucitar con Él; muerte al pecado que se realiza ya con el Bautismo y que compromete a secundar la gracia divina, a seguir luchando contra la concupiscencia y los apetitos desordenados para así purificar su corazón. Desde esta perspectiva, la guarda del corazón, los afectos y las pasiones cobran un nuevo sentido: son la consecuencia de la identificación con Cristo, el fruto de la sumisión a la acción salvífica del Espíritu Santo. «Si vivimos por el Espíritu, caminemos también según el Espíritu»^[13].

Crear en la resurrección es creer que nuestro cuerpo, algún día, manifestará cómo hemos correspondido a la gracia divina, cómo es nuestra comunión con Él; este misterio también nos recuerda que la perfecta integridad a la que está destinado el hombre y que Dios le concederá al final de los tiempos, puede de algún modo ya anticiparse en esta tierra con su gracia, pues «Cristo vive en el cristiano. La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está *endiosado*. (...) La divinización redundando en todo el hombre como un anticipo de la resurrección gloriosa»^[14]. Es la pureza del corazón la que permite ver a quienes nos rodean *según* Dios, y considerar el cuerpo humano —el nuestro y el del prójimo— como un templo del Espíritu Santo, una manifestación de la belleza divina^[15]. La limpieza del corazón lleva a ajustar inteligencia y voluntad a las exigencias de la santidad divina, principalmente en la caridad, la castidad, el amor a la verdad y la fe. Existe un vínculo entre la pureza del corazón, la del cuerpo y la de la fe^[16].

Nuevos cielos y nueva tierra

Comprender la dignidad del propio cuerpo, mirar según Dios mira a uno mismo y a los demás, lleva al cristiano a purificar su corazón, y a poner lo que está en su mano para purificar el clima social. Hoy se hace especialmente necesaria una cruzada de virilidad, integridad, y pureza^[17] que revalorice las virtudes de la modestia y el pudor, la delicadeza en el trato, en los gestos, en el vestir. Son virtudes pequeñas, pero fundamentales, pues se ordenan a respetar el misterio de la persona humana, mostrando su dignidad. Por eso, «educar en el pudor a niños y adolescentes es despertar en ellos el respeto a la persona humana»^[18].

Transmitir el valor de estas virtudes obliga, en primer lugar, a esforzarse por vivirlas con fortaleza. No cabe transigir con la espontaneidad chabacana, con el reclamo morboso, con la impureza que frecuentemente aparece en los medios de comunicación o en la industria del ocio. Frente a ellos, el cristiano debe buscar —y promover!— alternativas válidas, para él y para quienes le rodean; y no dejarse llevar, mientras tanto, por un ambiente permisivo que, aunque no incite directamente al pecado, sí fomenta una falta de tono sobrenatural y humano que

enrarezca el ambiente y dificulte que el alma se dirija a Dios. La pureza, en cambio, ayuda a que se viva una auténtica caridad, la que busca el bien del otro y sostiene la constancia e incisividad del apostolado.

Considerar la resurrección de los muertos no sólo permite apreciar la dignidad del cuerpo: también ayuda a apreciar mejor el valor salvífico de la actividad humana sobre la tierra. En el pasado, ha sido común acusar al cristianismo de desentenderse de la vida presente, por poner la esperanza en un mundo futuro espiritual y desencarnado, ajeno al empeño por transformar el mundo actual. Tales críticas, si algo tuvieran de cierto, no son aplicables a la fe católica cuando se considera qué sucederá en el Último Día.

La Revelación afirma la profunda unidad de destino entre el hombre y el universo: no sabemos cuándo llegará la segunda venida del Señor, pero cuando suceda los hombres y mujeres que estén unidos a Cristo formarán la comunidad de los rescatados, y el mismo cosmos será restaurado a su primitivo estado[19], un estado en el que «nadie hará mal ni causará daño en todo mi monte santo, porque la tierra estará llena del conocimiento del Señor, como las aguas que cubren el mar»[20].

Esta transformación final del mundo puede ser, como la misma muerte, una llamada a la vigilancia y un acicate para buscar la santidad con urgencia; pero sobre todo, es un motivo de esperanza. Ningún esfuerzo realizado por construir un mundo a la medida del corazón de Cristo se manifestará como superfluo o innecesario. Ciertamente, los nuevos cielos y la nueva tierra se realizarán por el poder de Dios, serán un don, y no un logro humano, pero la renovación del mundo tiene de algún modo su arranque en la historia: el que «está en Cristo, es una nueva criatura»[21]. El hombre renacido en las aguas bautismales adquiere la capacidad de convertir el mundo actual en un trasunto del mundo escatológico; su actividad terrena prepara misteriosamente el Reinado de Dios, y continúa el misterio de Cristo, renovador del universo.

Por eso, si bien la misión del cristiano no consiste en crear un paraíso terrenal, sí forma parte de su vocación ordenar el mundo según la voluntad divina, la justicia, la paz, el amor, la santidad, la belleza; Dios creó al hombre para que trabajara, para que cooperara con Él en el perfeccionamiento de la creación visible, para que de algún modo participara de su poder creador. El pecado original rompió la armonía original, haciendo penoso el trabajo; pero éste siguió perteneciendo a la más profunda realidad del hombre.

«El auténtico sentido cristiano —que profesa la resurrección de toda carne— se enfrentó siempre, como es lógico, con la *desencarnación*, sin temor a ser juzgado de materialismo. Es lícito, por tanto, hablar de un *materialismo cristiano*, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu»[22]. Un materialismo, por tanto, que no consiente que la persona sea sólo materia, ni que el cuerpo sea un elemento secundario de la persona; una concepción íntegra del hombre, que revaloriza cualquier trabajo humano honrado, reconociéndole un lugar en el plan salvador de Dios y garantizando de algún modo su pervivencia por toda la eternidad.

Con la resurrección de los muertos y la venida del mundo futuro, Dios nos dará no sólo la plenitud de su ser material: también nos devolverá, perfeccionado, todo nuestro obrar, sin las sombras que el pecado propio o ajeno hubieran podido introducir[23]. Por eso, «la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo»[24]. En esta tierra, nuestra labor a veces no alcanza todo el bien que deseáramos; nuestras limitaciones y las de los demás hacen que, a pesar de los buenos deseos, los resultados puedan parecer pobres. Cuando el mundo sea transfigurado, Dios llevará, por así decir, nuestra labor a su cumplimiento; reencontraremos los frutos de nuestro esfuerzo y apreciaremos plenamente su valor en el plan divino de redención.

J. José Alviar. Universidad de Navarra

Notas

[1] 1 Cor 15, 22-28.

[2] Dn 12, 2.

[3] 2 Mac 7, 14.

[4] 1 Cor 15, 14

[5] Jn 21, 6.

[6] Cfr. 1 Cor 15, 22; 1 Ts 4, 14.

[7] Cfr. Hch 17, 32.

[8] Cfr. Taciano, *Oratio ad graecos*, 6; Tertuliano, *De carnis resurrectione*, 11; San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia*, 2, 26, 12.

[9] Tertuliano, *De carnis resurrectione*, 34; cfr. también Atenágoras, *De resurrectione*, 18; San Agustín, *De civitate Dei*, 13, 20.

[10] San Josemaría, *Conversaciones*, n. 114.

[11] 1 Cor 6, 20.

[12] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1002, 1010.

[13] Gal 5, 25.

[14] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 103.

[15] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2519.

[16] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2518.

[17] Cfr. San Josemaría, *Camino*, n. 121.

[18] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2524.

[19] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1045-1047.

[20] Is 11, 9.

[21] 2 Cor 5, 17.

[22] San Josemaría, *Conversaciones*, n. 115.

[23] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1050.

[24] Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 39.

Artículos relacionados:

[Breve y sencillo curso de escatología I. La Novedad en Cristo](#)

[Breve y sencillo curso de escatología II. Vendrá de nuevo](#)

[Breve y sencillo curso de escatología III. Para juzgar a vivos y muertos](#)